

dificultades de los caminos llenos de profundos baches, las lluvias torrenciales y los enervantes calores de las regiones de los trópicos. Las guerrillas mexicanas observaban las columnas, pero á distancia, sin osar atacarlas, y se limitaban á espiar los carros rezagados, reduciéndose su botín á una veintena de mulas. Nuestros soldados, tranquilizados ya por su número y por su actitud marcial, encontraban durante la marcha las huellas de las depredaciones y de los saqueos de que habían sido víctimas los convoyes precedentes, y en varias ocasiones vieron cuerpos ya en descomposición y que se balanceaban en los árboles; eran los cadáveres de infelices indios que, por el cebo de una fuerte recompensa, habían consentido en llevar desde Veracruz al cuartel general de Lorencez despachos que arrollaban dentro de cigarrillos, y que, sorprendidos por los mexicanos, habían sufrido aquel castigo sumario por lo que éstos consideraban como una traición. Estos primeros espectáculos que México ofrecía oprimían el corazón y se necesitaba toda la indiferencia habitual en los soldados para que por la noche renaciera la alegría en los vivaques. Al llegar á orillas de una corriente llamada el *Jamapa*, las cabezas de columna encontraron incendiado el puente y el río tan crecido á consecuencia de las lluvias que era imposible franquearlo. Por una feliz casualidad vivaqueaba en la margen opuesta otro destacamento de zuavos, del segundo regimiento, que caminando en sentido contrario para ir á Veracruz en busca de un convoy, había sido también detenido por las aguas. Los soldados y los oficiales de ambas orillas se reconocieron, y contentos de este encuentro á tanta distancia de la patria, cruzaron entre sí algunas bromas y recuerdos de la vida de guarnición de Orán y de Coleah. A ratos, el ruido del torrente que se despeñaba con toda su furia, dominaba aquel extraño coloquio. Pero lo que urgía era salvar el obstáculo; y habiendo tenido aquellos hombres la suerte de encontrar una vieja piragua, un soldado del primero de zuavos, con desprecio del peligro, confiése á la frágil embarcación y después de inauditos esfuerzos logró llevar una cuerda de una orilla á otra y de esta suerte se instaló una especie de balsa que permitió el paso de las tropas. Después las dos columnas se separaron, dirigiéndose una á Veracruz y otra á las mesetas. A mediados de septiembre el segundo de zuavos se reunió con el cuerpo de Lorencez y en verdad que había pagado cruelmente el derecho de llegar al campo de batalla, pues con un efectivo de 1.500 hombres llevaba 350 enfermos. Los defensores de Orizaba, poseídos de la natural alegría, aclamaron á los que acudían á salvarles y aun les hacían presagiar la reanudación de las operaciones ofensivas. Lorencez, merced á estos refuerzos, pudo extenderse algo más, ocupó nuevamente Ingenio y fortificó sus puestos del lado Este que la disminución del vómito había de hacer muy pronto menos peligrosos. Un mes después llegó Forey y desde aquel momento todos pensaron en el próximo desquite.

El pequeño cuerpo expedicionario de los primeros días iba á fundirse en el ejército, que desde entonces vería aumentado su contingente. Sólo un hombre había de desaparecer, el que había tenido la desgracia de equivocarse y de ser vencido. Después de la derrota de Puebla, Lorencez había recibido del emperador un despacho oficial muy benévolo para él y para sus soldados;

pero á este testimonio ostensible iba unida una carta del ministro de la Guerra escrita por orden de Napoleón y que expresaba sentimientos muy diferentes: el soberano censuraba en ella las disposiciones adoptadas para el ataque, se lamentaba de la ruptura con Saligny y con Almonte y ordenaba que se guardara una actitud completamente pasiva hasta la llegada de los refuerzos. El general, persuadido de que había perdido la confianza del emperador, había solicitado licencia, y así que llegó Forey, tuvo prisa por abandonar el ejército. Las tropas sintieron el alejamiento del general que al principio tan pocas simpatías había despertado; pues con el tiempo habían puesto afecto en aquel jefe tan frío, tan poco comunicativo, pero que aun en los instantes más críticos había sabido mantener la disciplina y la obediencia. Aun los que con más severidad juzgaban los talentos del general no podían menos de ensalzar las cualidades del soldado; pero, aparte de esto, todas las muestras de deferencia á Lorencez eran una protesta contra el Sr. de Saligny, á quien todo el mundo acusaba de haber engañado al emperador. Animados de estos sentimientos, oficiales y soldados se dedicaron á suavizar con toda clase de demostraciones la desgracia del jefe que partía. El 10 de noviembre embarcábase para Francia el ex comandante del cuerpo expedicionario, cuya suerte era semejante á la de Jurién de la Gravière, á quien en otro tiempo, en los días de credulidad y de infatuación, había juzgado demasiado tímido y demasiado accesible al temor. Lorencez era, después del vicealmirante Jurién, la segunda víctima de México.

IX

A fines de 1862, el ejército de Forey se componía de dos grandes divisiones: la primera estaba mandada por el general Bazaine; la segunda, en la que se había fundido la antigua brigada Lorencez, estaba confiada al general Douay. A este cuerpo iba unida una brigada de caballería á las órdenes del general Mirandol; además el general en jefe podía disponer de un regimiento de infantería de marina y de un batallón de marinos fusileros. El efectivo total de las tropas enviadas de Europa, primero con el almirante Jurién, luego con el general Lorencez y finalmente después de la derrota de Puebla, elevábase á unos 31.000 hombres; pero de esta cifra había que rebajar las pérdidas causadas por las balas ó por las enfermedades, y además un número bastante considerable de soldados que habían resistido la fiebre amarilla ú otras afecciones, hallábanse demasiado débiles para prestar servicios de guerra y habrían de ser repatriados. Deducidas estas bajas, podía calcularse en 27.000 hombres el contingente del cuerpo expedicionario.

Parecía natural, disponiendo de tantas fuerzas, que el ejército sin pérdida de momento marchase sobre Puebla; contemporizar era prolongar el descrédito moral de nuestra derrota, enfriar á nuestros partidarios y sobre todo dejar al enemigo que fortificara á su placer la plaza. Esto no obstante, diversas causas habían de retrasar aún durante varios meses la reanudación de las operaciones defensivas.

Uno de los principales motivos de aplazamiento era la disposición de ánimo del propio general en jefe. Fo-

rey, ya un tanto entorpecido por el peso de los años, ajeno hasta entonces á la política, buen militar más que inteligencia fecunda en recursos, encontrábase de repente metido en una empresa muy poco á propósito para su edad y para sus aptitudes, y desde que desembarcó tuvo una especie de visión algo confusa, pero espantosa, de todas las dificultades que México le tenía reservadas. Después, en el trayecto de Veracruz á las mesetas, había visto caer en torno suyo, heridos por el vómito ó por otras fiebres, á la mayoría de los cazadores de á pie que formaban su escolta. De un efectivo de 515 hombres, 175 habían debido quedarse por enfermos en la ambulancia de la Soledad, y al llegar á Orizaba el batallón contaba sólo 10 hombres enteramente válidos, 112 apenas podían andar, 70 eran conducidos en carros y en mulos y los demás habían muerto ó estaban en los hospitales (1). Después de semejante comienzo, ¡cuántos no serían los desengaños! En Orizaba, el mismo Sr. de Saligny, el hombre de confianza del emperador, aquel cuyo consejo era lo primero á que debía atenderse, usaba de cuando en cuando un lenguaje menos optimista, y en sus momentos de íntima expansión, convenía en que la empresa sería larga y difícil, y en que la ocupación francesa habría de durar por lo menos cinco ó seis años; así se lo manifestaba cierto día á uno de nuestros oficiales de estado mayor (2). ¡Qué diferencia entre esta confesión y las presuntuosas seguridades que se propalaban en París! La principal preocupación de Forey era no imitar á Lorencez: éste se había precipitado, había avanzado demasiado á prisa, había omitido el tomar los debidos informes previos y había atacado Puebla desde demasiado lejos; por esto mereció las censuras del emperador. Forey se había penetrado de estas enseñanzas, pero exagerándolas; de suerte que era de temer que la expedición que antes había fracasado por temeridad fracasara ahora por contemporización.

Las mismas instrucciones que llevaba el general en jefe eran más propias para prolongar sus incertidumbres que para servirle de guía, pues concebidas bajo el imperio de las ilusiones que en las Tullerías reinaban, pretendían conciliar toda clase de cosas inconciliables. Forey estaba autorizado para dar á conocer las predilecciones de Francia por el régimen monárquico y aun para indicar el monarca, pero debía guardarse de imponer nada á la nación mexicana; no había de intervenir en ninguna contienda de partido, pero debía acoger con la mayor benevolencia á Almonte y á sus amigos; no había de desperdiciar ninguna ocasión de mostrar su deferencia al clero, pero debía poner el mismo cuidado en tranquilizar á los detentadores de bienes eclesiásticos; y para el caso de que hubieran de librarse combates, el emperador recomendaba que se confiara en ellos el primer papel á los auxiliares mexicanos, lo cual habría equivalido las más de las veces á comprometer el éxito. En cuanto á las operaciones militares propiamente dichas, el soberano se limitaba á repetir las críticas ya dirigidas al general Lorencez y á recomendar al nuevo general en jefe «que procediera con una mezcla hábil de audacia y de prudencia.» Provisto de instruc-

(1) Véase Niox, *Expédition du Mexique*, págs. 209-210.

(2) Carta del jefe de escuadrón B*** al general de Martimprey, 27 de diciembre de 1862 (*Correspondance inédite*).

ciones para dos fines, redactadas así para la paz como para la guerra, Forey imitó naturalmente á los comisionados aliados que en otro tiempo desembarcaran en Veracruz, y como ellos inauguró su mando con un manifiesto á los mexicanos. Mas no contento con esto, publicó una segunda proclama que era una repetición de la primera, aunque hecha en términos poco hábiles. Esta prolijidad desagradó en París, y el gobierno, que había aprobado la primera alocución, censuró la segunda y recomendó sobre todo al general que se abstuviese de publicar una tercera. En el entretanto, Saragoza, que acababa de fallecer, había sido reemplazado en el mando del ejército liberal por Ortega; y así como aquél había intentado seducir á Lorencez, Forey se hizo la ilusión de atraer á Ortega á su causa; pero su insinuación fué rechazada de un modo cortés aunque formal, y así terminó el año 1862.

El nuevo general en jefe buscaba en consideraciones de orden administrativo ó militar motivos más serios para aplazar la acción decisiva: faltaban medios de transporte y acémilas, por lo que había sido preciso enviar á Nueva Orleans, á Nueva York y á Cuba funcionarios de la intendencia para que compraran vehículos y mulos; durante la travesía habían muerto un gran número de caballos y era necesario substituirlos lo más pronto posible; y por otra parte, el servicio de aprovisionamientos continuaba ofreciendo grandes dificultades. Antes de ir más lejos, convenía pacificar toda la región de Veracruz y asegurar las comunicaciones entre esta ciudad y Orizaba; de aquí varias expediciones que dieron lugar á pequeños combates. Era de temer, sin embargo, la reaparición de las guerrillas cuando nuestras columnas se hubieran internado en el país. Hemos visto ya que se había creado una contraguerrilla mandada por el Sr. Stoecklin; pero Forey resolvió refundir este cuerpo y aumentarlo, dando el mando del mismo á un coronel del ejército francés, el coronel Dupin, militar emprendedor, pero de moralidad deplorable, que para combatir más eficazmente lo que él denominaba bandolerismo, recurría á las más detestables prácticas de sus propios adversarios.

Mientras el general en jefe se entretenía en todos estos cuidados, el ejército, unas veces inactivo y otras empleado en operaciones secundarias, perdía energías en tan larga espera. Entre los recién llegados reinaban cierto descontento y cierta decepción: habían salido de Francia con la esperanza de ser calurosamente recibidos, y las aclamaciones escaseaban; y se habían hecho la ilusión de desembarcar en uno de los países más hermosos del mundo, y de aquel México admirable sólo habían visto por de pronto las *tierras calientes*. El aspecto de los soldados de Marquez, de miserable apariencia aun siendo los mejores del ejército reaccionario, acabó de completar el desencanto. «Me temo que hemos caído en el garlito,» escribía uno. «Necesitaría volúmenes enteros, decía otro, para expresar todo el mal que pienso de este país.» Todos se complacían en echar sobre el Sr. de Saligny la responsabilidad de tantas dificultades, y los compañeros de Forey, al igual que habían hecho los de Lorencez, le acusaban de haber engañado al emperador. Los oficiales, obedeciendo las órdenes del general en jefe, visitaron al ministro de Francia; pero de común acuerdo escogían la hora en

que estaban seguros de no encontrarle. Más graves eran todavía los síntomas que se observaban entre nuestros soldados: los mexicanos hacían llegar hasta nuestros vivaques proclamas y folletos, y estas excitaciones no siempre fueron rechazadas, sino que produjeron la deserción de varios sargentos. La marcha de avance, la vida de campaña y sobre todo la victoria, disiparían sin duda aquel humor algo melancólico, aquella ligera propensión á la crítica ó á la desobediencia. Era bastante general la creencia de que Forey quería hacer coincidir la toma de Puebla con la apertura de las Cámaras, y luego se creyó que sería el presente de felicitación que se enviaría á París con motivo del cumpleaños del príncipe imperial; pero al ver que pasaba el tiempo, la sorpresa subió de punto. ¿Qué hacía en Orizaba el general en jefe? ¿Por qué se inmovilizaba allí sin siquiera revistar las tropas? La circunspección, añábase, llevada á tal extremo deja de ser prudencia para convertirse en imprudencia. Y la verdad es que habían transcurrido cinco meses desde que desembarcaran los refuerzos. Por fin, en los últimos días de febrero, una proclama de Forey anunció que iban á comenzar las operaciones decisivas, y ante esta noticia las tropas se reanimaron y se dispusieron alegremente á entrar en acción. El 9 de marzo nuestras cabezas de columnas desembocaban en Amozoc; una etapa más y llegarían á Puebla.

X

Puebla, que los soldados de Lorencez no habían hecho más que entrever el año anterior, había aumentado considerablemente sus medios de defensa (1): además de Loreto y del convento de Guadalupe tan tristemente célebres, protegíanla otras muchas obras, unas nuevas y otras restauradas, de las cuales las más importantes eran al Norte el fuerte de Santa Anita, al Oeste el de San Javier y al Sur el de Carmen. Pero la dificultad del ataque había de resultar menos de esas defensas exteriores que de la configuración interior de la plaza. Puebla hallábase surcada de Norte á Sur y de Este á Oeste de calles cortadas todas en ángulo recto, entre las cuales se alzaban grupos de casas aislados unos de otros que formaban como otras tantas ciudades dentro de la ciudad misma; y aquellos edificios, contruidos de fuerte mampostería, podían ser utilizados casi todos para la resistencia. Además algunas de estas construcciones de solidez excepcional constituían verdaderas fortalezas: tales eran, por ejemplo, los conventos con las calles que los rodeaban á manera de fosos, con sus espesos muros casi sin aberturas al exterior y semejantes á murallas con sus torres ó sus capillas desde donde se dominaría á los asaltantes, y con sus patios y sus claustros dispuestos para recibir y abrigar á los defensores. Si esas isletas, esas *cuadras* como se les denominaba, se unían entre sí por medio de barricadas, los sitiadores, aun después de vencidos todos los obstáculos de fuera, se encontrarían con que allí empezaban para ellos las verdaderas dificultades, pues tendrían que conquistar una por una aquellas pequeñas ciudadelas, labor agotante, capaz de desalentar al ejército más valeroso y de destruir poco á poco al enemigo mejor armado. La guarnición era

(1) Véase el mapa intercalado en la pág. 490, anexo.

proporcionada á los medios de defensa y se componía de unos veinte mil hombres á las órdenes de Ortega; además algunas tropas mandadas por Comonfort vivaqueaban fuera de la plaza y habían de constituir el núcleo de un ejército de socorro. Habíase proclamado en la plaza el estado de sitio; las bocas inútiles habían sido expulsadas; los conventos, las iglesias y las casas habíanse acomodado á su nuevo destino; y en una palabra, todo se había subordinado á las necesidades de la guerra, con tanto mayor celo cuanto que Puebla, ciudad clerical, no merecía consideración alguna y había de ser un excelente campo de experiencias para el patriotismo mexicano. Por otra parte, nada se había omitido para exaltar ó fortalecer los ánimos: los jefes no cesaban de recordar la victoria del 5 de mayo, en conmemoración de la cual habíanse acuñado medallas; y además se decía que los franceses estaban dispuestos á abandonar la empresa, para confirmar lo cual se distribuían numerosos ejemplares de los discursos pronunciados por Julio Favre y Picard en el Cuerpo legislativo. Cuando se señaló la presencia del enemigo, llegó Juárez, revistó las tropas, exhortólas á que fuesen valientes, repartió dinero entre ellas y luego regresó á México á fin de esperar allí el acontecimiento que había de consolidar la república ó que podría arruinarla para siempre.

El 17 de marzo, al despuntar el día, el ejército, concentrado á derecha é izquierda de la carretera de Amozoc, púsose en movimiento en dirección á Puebla, y al llegar á un sitio llamado Amalucán, distante siete ú ocho kilómetros de aquella ciudad, las dos divisiones se separaron; la de Douay marchó hacia la derecha, ejecutando un vasto movimiento circular alrededor de los fuertes de Guadalupe y de Loreto y envolviendo la plaza por el lado Norte y Noroeste; la de Bazaine se dirigió hacia la izquierda, y encaminándose á la hacienda San Bartolo, situóse al Sur y al Sudeste de la ciudad. Esta doble marcha se llevó á cabo sin gran resistencia por parte del enemigo, y el mayor obstáculo que hubo que vencer fué el paso de las *barrancas* que surcan la llanura y que retardaron largo tiempo el avance de los carros y de la artillería. De este modo se realizó una especie de cerco, que no fué muy riguroso ni muy completo, ya por la insuficiencia del efectivo de las tropas, ya por la mucha extensión del perímetro que debía vigilarse. El 19 de marzo, Forey instaló su cuartel general al Oeste de Puebla, en el *Cerro San Juan*, colina situada á dos kilómetros de las puertas de aquella, sobre la cual se alzaba un convento y que fué tomada después de un corto combate. Desde allí, el general en jefe podría á la vez observar la ciudad, vigilar los vivaques y hasta seguir los movimientos de las tropas de Comonfort, cuya caballería se divisaba dos leguas más allá; sin embargo, este examen no se hallaba exento de peligro, puesto que más de una vez los proyectiles enemigos llegaron hasta el cerro, y aun estalló un obús en la misma capilla del convento.

El emperador había recomendado que el ataque no se verificara ni por el fuerte de Loreto ni por el de Guadalupe, aconsejando que se dirigiera con preferencia hacia el Sur, es decir, contra el fuerte Carmen. Sin embargo, al Oeste de la ciudad, el fuerte de San Javier, llamado también el *Penitenciario*, avanzaba fuera de la plaza formando una punta muy pronunciada que per-

mitía ataques convergentes (1). El general se convenció, con razón, de que esta disposición topográfica facilitaría el éxito de la empresa, pues una vez dueño del fuerte, tendría un pie dentro de Puebla, de cuyas defensas interiores no se tenía la menor sospecha. En su consecuencia, durante la noche del 23 al 24 de marzo, abrióse la trinchera por aquel lado, á 600 metros de la fortificación, continuándose los trabajos en los días siguientes. El 26, las baterías rompieron el fuego y destruyeron los parapetos, y considerándose poco después posible el asalto, en la noche del 29, después de una encarnizada lucha, izóse nuestra bandera en el fuerte conquistado.

Dos cosas amargaron la victoria: en primer lugar, el número de las pérdidas, que excedieron de 200 entre muertos y heridos; y en segundo, la triste certidumbre de que aquella operación que se creía decisiva no resolvía nada absolutamente.

Entonces se vió lo que hasta aquel momento sólo se había vislumbrado al través de los últimos espejismos de la ilusión, á saber, que no poseíamos más terreno que el que acababan de regar con su sangre nuestros soldados. Detrás se alzaban las isletas de casas, las *cuadras*, vastas construcciones á la española, sólidas, macizas, bien armadas y con muchos defensores que si no hubieran podido sostener el choque de los nuestros en campo raso, no eran adversarios despreciables parapetados tras aquellas defensas. Cuando por medio de peardos ó de cañonazos se habría logrado forzar la entrada de una isleta, la conquista, lejos de estar terminada, apenas estaría comenzada porque los asaltantes se encontrarían en un patio inferior en el cual sufrirían á pecho descubierto el fuego de enemigos invisibles y sería preciso tomar palmo á palmo aquellas masas de edificios. En los días siguientes se tomaron algunas *cuadras*, pero el número de éstas se elevaba, según decían, á 158. «Hétenos sólidamente instalados en la ciudad,» escribía Forey con fecha 2 de abril; indudablemente, pero ¿qué importaba esto si toda la ciudad era fortaleza? Hay frases que hacen fortuna: en otro tiempo, durante los largos períodos de espera del sitio de Sebastopol, ¡cuántas veces se había recordado el sitio de Troya! Ahora, delante de aquella ciudad española transportada al otro lado del Atlántico, se evocó el recuerdo de España, de las guerras imperiales, de otro sitio famoso: todas las ilusiones que aún subsistían se desvanecieron y todos los labios pronunciaron al mismo tiempo el nombre de Zaragoza.

Y lo que luego sucedió parecía justificar la evocación de este recuerdo. El enemigo, privado del fuerte de San Javier, estableció una segunda línea de defensa desde el Carmen hasta Santa Anita; parecía que los sitiados, al retroceder, lejos de debilitarse se fortalecieran porque á la vez reducían el perímetro que habían de defender. Los nuestros proseguían sus movimientos de avance, pero los progresos eran lentos, difíciles y realizados á costa de mucha sangre. Cada *cuadra* exigía un sitio, y muchos de estos asedios fueron infructuosos; el único resultado era poner en evidencia el heroísmo de algunos oficiales como el comandante Carteret-Trecourt, el teniente Galland y otros, cuyos nombres se hicieron

(1) Véase el mapa intercalado en la pág. 490, anexo.

de pronto populares. Intentóse la construcción de minas, pero se encontró roca. Y á todo esto las municiones se agotaban y aquella encarnizada lucha causaba en el ejército bajas que á tanta distancia de la patria era imposible cubrir. Las pérdidas desde el comienzo del sitio hasta principios de abril ascendían á 600.

El 7 de abril celebróse en el Cerro San Juan un consejo de guerra en el cual, si hemos de dar crédito á uno de los que á él asistieron (2), el general en jefe, después de haber propuesto dirigir el principal ataque contra el fuerte Carmen, formuló de pronto una opinión contraria é inesperada, la de levantar el sitio y marchar directamente sobre México. De todas las resoluciones que habrían podido adoptarse, ninguna tan extraordinaria como esta, que significaba penetrar en el interior del país, dejando atrás fuerzas enemigas no vencidas, aparte de que era de temer que aquella capital, envaletonada por la heroica resistencia de la vecina ciudad, resultase una segunda edición de Puebla. Aquel plan ofrecía á la vez todos los peligros de la debilidad y todos los de la temeridad, pues comenzaba por una tímida retirada y continuaba con una de las más aventuradas marchas ofensivas. Este parecer, aun siendo tan poco razonable, tuvo sus defensores, siendo los principales los generales de división Douay y Bazaine, quienes llamaron la atención sobre la importancia de las pérdidas y el desaliento de las tropas y repitieron muchas veces que «sus soldados estaban ya cansados de la guerra de las *cuadras*.» Dícese que sólo tres votos se opusieron á este plan; mas apenas levantada la sesión, varios de los miembros del consejo sintieron disgusto y casi arrepentimiento por haber votado en pro. El primero que volvió sobre su acuerdo fué el general Douay, y después de éste el general en jefe, decidiéndose entonces no levantar el sitio y sí únicamente ir retardando las operaciones hasta la llegada de nuevos convoyes de pólvora y nuevo material de artillería. Los días siguientes se dedicaron especialmente á mejorar las obras empezadas, á estrechar la línea de asedio y á asegurar el aprovisionamiento del ejército, trabajos que se ejecutaron sin gran entusiasmo. Afortunadamente llegaron buenas noticias de fuera. En los comienzos del sitio, los cazadores del coronel Du Barail habían ya dispersado en Cholula la caballería mexicana, y á este pequeño combate siguió una acción más importante: el 14 de abril, el coronel Brincourt, con uno de sus batallones de zuavos, dos escuadrones de cazadores y un destacamento indígena, derrotó en Atlixco á las tropas de Comonfort, y este brillante hecho de armas, además de disminuir en los sitiados las esperanzas de un socorro exterior, aumentó en los sitiadores la confianza en el éxito final.

En el consejo de guerra del 7 de abril, Forey, antes de proponer el levantamiento del sitio de Puebla, había explanado un plan de conducta consistente en dirigir el ataque de la plaza no sólo hacia el Oeste, sino también hacia el Sur: por el Oeste se proseguirían los movimientos progresivos delante del fuerte Javier y á través de las *cuadras*; por el Sur se comenzarían trabajos de aproches enfrente del fuerte Carmen. Por consiguiente

(2) Véase *Souvenirs militaires*, por el intendente general Wolff, págs. 323 y siguientes. — Véase también general Du Barail, *Mémoires*, tomo II, págs. 416-420.

te, cuando llegaron los nuevos convoyes de artillería, el esfuerzo de los sitiadores se dirigió á la vez sobre aquellos dos puntos: los avances progresivos se realizaron al principio con bastante fortuna, conquistándose algunas isletas de casas y penetrando nuestros soldados bastante adentro de la ciudad. El general en jefe esperaba además que una porción de nuestras tropas, procedente del Oeste y metiéndose en el centro de la población, podría atacar de flanco el fuerte Carmen, mientras al Sur el resto se acercaría á él por la llanura; de esta suerte, la mayor parte de la ciudad caería en nuestras manos.

Sin embargo, para lograr este resultado era preciso apoderarse del convento de Santa Inés. En ningún sitio había acumulado el enemigo más formidables medios de defensa que en aquel edificio protegido primero por un muro de cerca, después por una fuerte verja de hierro y, finalmente, por cuatro atrincheramientos consolidados con los materiales de las construcciones vecinas; aparte de esto, todos los espacios libres estaban obstruidos por estacadas y redes. Por la parte de atrás alzabase el convento propiamente dicho con sus murallas y sus azoteas ocupadas por tiradores; y en una de las alas habíase instalado un cañón que flanqueaba los atrincheramientos. El general en jefe ordenó el ataque para el 25 de abril: después de haber destruído por medio de un barreno el muro de cerca, á las seis de la mañana nuestra artillería rompió el fuego, tratando de destruir durante tres horas las obras de fortificación, y á las nueve y media se dió la orden de asalto, á pesar de no haber sufrido las defensas interiores daños de importancia. A la señal de ataque ocho compañías del primero de zuavos divididas en dos columnas se lanzaron contra el convento, demostrando una sangre fría, un valor y una agilidad insuperables; pero los mexicanos, emboscados detrás de las aspilleras ó en las azoteas, concentraron sus tiros en el estrecho espacio en que habían de desembocar los asaltantes, que tropezando con piquetes, estacadas y cuerdas, hubieron de moderar su marcha mientras el enemigo causaba cada vez más bajas en sus filas. Muy pocos consiguieron franquear la verja, que apenas había sido alcanzada por el fuego de la artillería; algunos, sin embargo, lograron vencer todos los obstáculos y llegando á los atrincheramientos, avanzaron hasta los muros del edificio, pero la mayor parte de ellos pagaron con la vida su audacia, ó perdidos en el dédalo de las construcciones, cayeron en manos del enemigo. Cuando se dió la orden de retirada aquellos valientes quedaban reducidos á un puñado de hombres que regresaron á sus líneas en medio de la admiración de sus compañeros y de los homenajes de los mismos adversarios. «Los zuavos se han batido como leones,» decía en su parte el general Ortega.

Aquel momento fué el más crítico del sitio. Los soldados, aunque fuertes y valientes, comenzaban á mirar con recelo aquella guerra de calles, aquella lucha traidora con un enemigo invisible al que no había modo de ver ni de castigar; muchos oficiales murmuraban casi en alta voz contra la política ciega ó culpable que, sin ningún interés nacional, sacrificaba una sangre tan preciosa; y el general en jefe se dejaba ver poco, trataba de infundir esperanzas por medio de alocuciones, de las que se mostraba muy pródigo, y se impacientaba contra

Puebla, «Puebla la arrogante,» como la denominaba. Dícese que, bajo la influencia de las desilusiones, llegó á expresarse respecto del Sr. de Saligny en términos bastante severos, como lo había hecho Lorencez después de la derrota del 5 de mayo (1). Como sucede siempre que la suerte se presenta dudosa, el ejército deseaba vagamente un nuevo jefe, fijándose en los lugartenientes de Forey, especialmente en Bazaine, cuya habilidad, experiencia y fecundidad de recursos eran objeto de generales alabanzas. Sin embargo, en medio de aquella enervante espera una preocupación dominaba: ¿qué pensarían en París?, ¿qué diría el emperador? En París, y sobre todo en las Tullerías, aun subsistían todas las ilusiones y de ello se tuvo la prueba en aquel mismo tiempo: el día de la derrota de Santa Inés, mientras los soldados heridos pasaban por delante de los vivaques, llegó al cuartel general un despacho enviado, según se afirma, por el propio Napoleón, en el que el soberano anunciaba al comandante en jefe una buena, una excelente noticia, una cosa que sabía de buen origen por el ministro de los Estados Unidos; esta cosa que daba como cierta era que no encontraríamos ninguna resistencia en Puebla ni en México.

¿Cuál habría sido el resultado final del sitio si hubiese sido preciso conquistar las *cuadras* una por una? Indudablemente Puebla habría sucumbido; pero á costa del ejército, agotado por sus propios esfuerzos y tan arruinado como la ciudad misma. Por fortuna el resultado de todas nuestras operaciones exteriores permitía esperar un desenlace menos sangriento: todos los combates que se habían librado contra el ejército de socorro habían sido otras tantas victorias; tal había sucedido en Cholula y más recientemente en Atlixco. El principal cuidado de Comonfort era restablecer sus comunicaciones con la plaza, introducir en ella municiones y víveres; si lo conseguía, la resistencia de Puebla podría ser indefinida; pero si fracasaba en su empeño, si era rechazado, aquélla sufriría la suerte de las ciudades asediadas. De manera que una ventaja decisiva en campo raso había de compensar todo lo que hasta entonces habían tenido nuestros ataques de incompletos ó de indecisos.

La fortuna de la guerra nos reservó esta gran felicidad. Desde hacía muchos días, Comonfort tanteaba nuestras líneas con el visible propósito de forzar el asedio: el 5 de mayo fué rechazado cerca de Pablo del Monte, y el 6 vióse obligado nuevamente á retroceder, retirándose entonces á diez kilómetros al Norte de la plaza, á un sitio llamado San Lorenzo, en donde se fortificó. Bazaine, que había recibido la orden de desalojarlo de aquella posición, combinó un vigoroso movimiento ofensivo que había de alejar para siempre á aquel importuno adversario: reunió, al efecto, cuatro batallones de infantería, dos escuadrones de cazadores, algunos auxiliares indígenas y un contingente bastante importante de artillería, y á la una de la madrugada del 8 de mayo salió de su vivaque, anduvo toda la noche, y á pesar de la importancia de su columna supo disimular tan bien su marcha, que llegó á dos kilómetros de San Lorenzo sin que su presencia hubiese sido advertida por el enemigo. Al despuntar el día, empeñóse la

(1) Véase *Mémoires du général du Barail*, pág. 149.

acción; el enemigo tenía la doble ventaja de una gran superioridad numérica y de una posición muy á propósito para la defensa; pero el vigor del ataque desconcertó la resistencia, y después de un combate bastante corto aunque muy reñido, los mexicanos se dispersaron dejando en el campo seis ó setecientos muertos y heridos y en nuestras manos mil prisioneros. «Fué una hermosa pequeña batalla,» ha escrito uno de los actores de la jornada (1): hermosa fué, en efecto, para los victoriosos, entusiasmados con su triunfo; y lo fué sobre todo para Bazaine, á quien el ejército proclamó no sólo oficial distinguido, sino además verdadero hombre de guerra, y saludó desde entonces como á su futuro jefe.

El gran resultado del combate de San Lorenzo fué descorazonar á los defensores de Puebla. El desenlace se precipitó cuando los más optimistas lo creían todavía lejano, pues, apartado Comonfort, era evidente que la plaza no podría avituallarse. En los siguientes días se continuaron los trabajos de aproche al Sur de la ciudad con una actividad de muy mal augurio para los sitiados; después, la artillería rompió el fuego y causó tales destrozos en las obras de defensa, que antes de poco había de ser posible el asalto. Ortega, que había hecho más de lo que el honor exigía, no creyó que su patriotismo le obligara á hacer sacrificios que eran ya del todo inútiles; por esto pidió secretamente al general Forey primero un armisticio y luego el derecho para la guarnición de retirarse con armas y bagajes hacia México, y habiéndole sido denegadas ambas peticiones, resignóse á entregar la plaza. Durante la noche del 16 al 17 de mayo hizo destruir las armas, clavar los cañones y destruir la pólvora y á la madrugada un mensajero de la ciudad fué al campo francés á anunciar el término de la resistencia. Para dar mayor carácter á su resolución, Ortega invocaba la escasez de víveres (lo cual era exacto) y la falta de municiones (lo que no era cierto del todo), y con altivez no exenta de grandeza añadía: «No puedo defenderme más tiempo: de lo contrario, no puede dudar Vuestra Excelencia de que lo habría hecho.»

Así se rindió, después de sesenta y un días de sitio, la Puebla de los Angeles: el 19 de mayo Forey entró en la ciudad, y la catedral, poco antes dispuesta para las necesidades de la defensa, se engalanó para celebrar la victoria; pero hasta en aquella hora de triunfo la alegría apareció turbada por la tristeza. Caminaban los nuestros por entre las ruinas, y en aquella tierra que debíamos regenerar, lo único cierto que hasta entonces había era la tenaz resistencia de nuestros adversarios y la magnitud de nuestros propios sacrificios. Más de 1.100 oficiales y soldados, unos muertos, otros heridos, habían pagado con su sangre la posesión de aquellas murallas. Y por brillante que fuera nuestro triunfo, ciertos incidentes, ciertas señales indicaban la fragilidad de nuestra conquista. El mismo día en que se rindió Puebla súpose que el 1.º de mayo, en Camarón, aldea situada en el límite de las *tierras calientes*, una compañía de la legión extranjera, mandada por el capitán Danjou, había sido atacada por 1.500 ó 1.800 mexicanos: de los 65 hombres de que aquélla se componía 43 habían sido muertos ó heridos, y los demás, después de una re-

(1) Carta del teniente coronel Margueritte, 10 de mayo (*Vie du général Margueritte*, por el general Philebert, pág. 288).

sistencia heroica, habían caído prisioneros, excepto uno que había podido escaparse y llevar la noticia de la catástrofe. ¡Cuán precaria era, pues, nuestra instalación en Puebla estando como estaba infestado de enemigos el camino hacia el mar! Con estas impresiones un tanto sombrías establecióse Forey en aquella plaza; una vez en ella inventarió el material de guerra que allí encontrara, reorganizó las administraciones locales y dió varios decretos de carácter militar y político. Desde el primer momento, sin embargo, la principal preocupación fueron la custodia y el trato de los prisioneros. Un gran número de defensores de la ciudad habían logrado evadirse en cuanto se les hubo licenciado y antes de que nuestros soldados ocupasen las puertas; á los demás soldados se les dividió en dos grupos, siendo unos empleados en la destrucción de las barricadas é incorporados los otros á los batallones de Marquez, donde acecharon, naturalmente, la primera ocasión para desertar. En cuanto á los generales y oficiales, decidióse enviarlos á Francia; pero como no se les hizo contraer compromiso alguno y como además la vigilancia fué bastante deficiente, los más de ellos se escaparon antes de llegar á Veracruz y volvieron á ingresar en las filas mexicanas.

XI

Al saber la rendición de Puebla, Juárez comenzó por afirmar su voluntad de defender México, que fué puesta en estado de sitio: un decreto ordenó la expulsión de todos los franceses válidos y una proclama redactada en términos muy enfáticos exhortó á la lucha contra el invasor; pero ante la realidad desvaneciése todo aquel aparato bélico, que acaso en el fondo no era sino una apariencia para disimular una retirada de antemano resuelta. El sitio de Puebla había consumido todos los recursos de la República; ningún nuevo esfuerzo podía esperarse del ejército ni de la nación, y el mismo presidente, magistrado civil y no jefe militar, era más propio para encarnar la resistencia pasiva que para dominar los supremos peligros de la guerra. Cuando se aproximaron los franceses, Juárez hizo sus preparativos de marcha con resignación obstinada y tranquila; y como su preocupación principal era que su retirada no pudiera tomarse por una abdicación, en 31 de mayo cerró la legislatura del Congreso, y llevándose consigo á sus ministros y á sus principales consejeros, los documentos del Estado y las cajas públicas, salió de la ciudad por el camino del Norte y se encaminó á San Luis de Potosí. Aquel día comenzó el éxodo de aquel gobierno singular, siempre fugitivo y nunca prisionero, siempre moribundo y jamás abatido.

En adelante nada había de detener á los invasores: el 1.º de junio la división Bazaine atravesó la cadena de montañas que separa la cuenca de Puebla de la de México; el 2 instaló su vivaque en Buena Vista, desde donde se veía el alto valle en que está asentada la capital con sus lagos, sus aldeas y sus plantaciones, y poco después distinguióse, aunque á lo lejos, la ciudad misma con sus cúpulas y sus campanarios. El 7 Bazaine ocupó México y el 10 hizo solemnemente su entrada en ella Forey.

Aquel día, por fin, pudo parecer verdad lo que desde